

Reportaje a oscuro vuelo compartido



“OSCURO VUELO COMPARTIDO: EL DRAMA DE LA ADICCION”

Consuelo Morel M.
Prof. Escuela de Teatro
Universidad Católica de Chile

El duro tema de la droga es tocado por Jorge Díaz, en esta obra, con una profundidad y una fuerza curiosa. Con todos los planos dramáticos y literarios que le conocemos, diversos e intercambiados, va surgiendo un profundo dolor dentro de nosotros.

El primer acto muestra una vuelta, de muchas otras anteriores, de Ana, la protagonista, quien llega a casa de Martín después de 8 meses de ausencia, los cuales ella no considera sino como un instante.

Llega en busca de un equilibrio que nunca encuentra, en su movedido, cambiante y activo estilo de existir. Martín, solitario, deprimido, cargado de necesidades, si bien sabe que ella es un “falso proyecto de vida”, que jamás lo entenderá, que nunca “lo verá como es”, que partirá una y otra vez, no puede vivir sin ella. O mejor dicho prefiere siempre vivir con ella... ¿por qué?. El se da cuenta que ella significa una situación de pérdida constante, le duele su abandono permanente, su infidelidad. Martín sufre por Ana al tener la sensación de que siempre fuera de él está lo atractivo; que él no es

capaz de retenerla:

MARTIN ¡Tú vas y vienes, te marchas, vuelves!

ANA Hace sólo unos días, cuando me fui...

MARTIN Hace ocho meses.

ANA ... me dijiste que querías estar solo.

MARTIN Ahora también.

ANA ¿Qué?

MARTIN Quiero estar solo.

ANA Pero en cuanto estás solo buscas a alguien para llenar los huecos vacíos, ¿no?

MARTIN (*Casi para sí*) No deberías haberte ido.

ANA ¡Qué importa eso! Tantas veces...

MARTIN Sí, tantas veces.

ANA Sabes que no puedo resistir el encierro, tus ventanas cerradas.

MARTIN No es eso.

ANA Es verdad, no es eso.

MARTIN No te gusta sentirte ligada a nadie.

ANA Tampoco es eso. ¡Al diablo lo que sea! ¿La quieres?

MARTIN Sólo quieres entrar y salir sin que te hagan preguntas.

Se ve en este diálogo la relación entre ellos que nunca será estable, y cómo ambos están destinados a un sufrimiento permanente.

Pero aún así Martín la prefiere. Y pensamos que tiene razón. La vida con ella es difícil, pero sin ella -para él- casi no es vida. ¿Qué es lo que les falta? ¿qué los hace estar en medio de esta vida tan sin salida?

MARTIN Mientras toco el clarinete, un foco se va moviendo como si bailara, independiente de mí. Yo busco la luz y la luz me rehúye. Cuando dejo de tocar, la luz se queda quieta. Es una especie de duelo entre el clarinete, la luz que se mueve y yo. Nunca he hecho algo así. Va a ser emocionante. (*Un silencio*). Pero no va a resultar. Falta algo. Tengo que esperar.

Una posibilidad de pensar este problema es acudir al tema de la adicción en su dimensión psicológica y no sólo en el aspecto físico y real de quienes son consumidores efectivos de la droga. Es la *actitud interna* que está tras ella la que pareciera dejar a esas personas en un permanente buscar sin rumbo, o en un aislamiento sin destino.

En las personalidades adictas se tiende a anular la real relación Sujeto-Objeto (o Sujeto-Sujeto). Hay un intento de eliminar la relación con "el otro", con el mundo externo, para entrar en una descontrolada necesidad de tener un objeto a mi antojo, sin vida, sin autonomía y que -aparentemente- calma esa imperiosa necesidad por su estado de sometimiento total.

Contrario a lo que a veces se piensa, al considerar la droga como un elemento que exalta la sensibilidad y lleva a las personas a una "especial" comunicación o altura, creemos que es a la inversa. En este contexto la droga no es el otro, ni me ayuda a llegar al otro: es un falso proyecto vital. Consiste en tener algo "controlado", sometido a mi voluntad que me aísla, me vuelve sobre mí mismo, con la apariencia de que de esta forma se obtiene un estímulo para vivir. Tras ella sólo está el vacío y la nada.

La dependencia adictiva esconde la incapacidad verdadera de "tolerar la dependencia" como fuente de la vida. *Tolerar que necesito realmente a los otros*, que eso duele pero es fructífero, que es más modesto pero vital. La droga evita aceptar que la fuente de la comprensión de la vida y del amor consiste en estar en *relación* con las personas y conectarse con ellas.

La persona es una totalidad, una individualidad que incluye su cuerpo, su piel, su psiquis y las propias representaciones de sí mismo. Es lo distinto del entorno, lo único y lo misterioso. Pareciera que la adicción tiende a "fundir", a emparejar con el objeto el ser propio, pero no en aras del amor, fuente de la vida, como podría ser en el encuentro de la pareja o con la trascendencia, sino en aras de la muerte que todo lo desintegra y todo lo separa.

Estamos frente a una alteración de la armonía del sujeto consigo mismo y con los demás, que se expresa en síntomas como éste, que dan cuenta de la existencia de un elemento patológico en la articulación interna de esa vida que no le permite estar "abierto" a lo nuevo, a lo creativo, a lo fecundo, sino que prefiere la "sensación" momentánea y destructora de la droga. Elemento que atenta contra el tiempo y el espacio en el que el individuo se desarrolla, ya que la vida allí -en la droga- no madura ni se engrandece. Se encierra.

La adicción de Ana, en cuanto tal, conserva y da cuenta del trasfondo total de su conflicto. Sin embargo, paradójicamente, ella tiene la sensación que le puede resolver su problema vital. Pareciera que el inyectarse heroína fuera un intento de solución para ella. Sin embargo ese hecho físico es un hecho dinámico con un trasfondo mental importante, que hace parte de una secuencia biográfica completa, del conjunto de su historia personal, que tiene tras sí un vacío y un conflicto básico no resuelto: la posibilidad real de ligarse, de conectarse y *vincularse de modo creativo y comprometido con otro*.

Ana no puede asumir el amor: espera un hijo de padre desconocido y vive con un policía que le colabora en sus distintas búsquedas de droga, sea para delatar o para cooperar en tan siniestro negocio. Se mueve de un lado a otro, entra y sale...

se va y vuelve sin nunca poder contactarse con los dolores que sin duda viven dentro de ella. No puede poner atención a ellos para empezar a reconocerlos.

ANA (*Suplicando*) Déjame marchar. No puedo soportarlo. Necesito...

MARTIN (*Tranquilo*) Necesitas pincharte. Lo sé. Estás agonizando por meterte un gramo en las venas.

Martín bebe un trago de whisky. Está sereno. Va hacia ella.

ANA Es inútil hablar.

MARTIN Sí, es inútil.

ANA Quiero irme.

MARTIN Lo sé, pero esta vez no quiero dejarte marchar. Si te tienes que ir, nos vamos juntos. Te acompañaré en el viaje.

ANA Nunca he podido ser libre.

RAFAEL El hijo que llevas encima es el único que depende de tí. No dejaré que te drogues, sería matarlo.

ANA Es lo que querría.

RAFAEL ¿Tú?

ANA No, Martín. Querría que este hijo no naciera, o que naciera muerto.

RAFAEL ¿Por qué?

ANA (*Crispada*) ¡Basta de interrogatorios!

El tener un hijo consumiendo en estado de droga constituye un drama imposible. Ana y Martín saben que ese hijo no puede nacer, que no va a vivir por el hecho mismo de la drogadicción, que nacería muerto. Martín ha perdido a su hijo real y quisiera reponerlo con esta fantasía de embarazo. Pero todo se perderá: el hijo que Ana espera y el retorno de ella a su relación de amor con Martín. Ella quisiera dar vida, sin embargo está atrapada en no saber quién es y en no encontrar salida alguna. Así vemos en el Segundo Acto de la obra, que es más concreto y menos literario, cómo la gran búsqueda de libertad de Ana no es tal y aparece tras ella el trasfondo de un sujeto sometido a un policía controlador y autoritario para mantener una mínima estructura de vida, a pesar de que la búsqueda del hijo pudiera indicar lo contrario.

"Oscuro vuelo...": Gregory Cohen y Loreto Valenzuela (Foto: Jorge Aceituno)



Finalmente Ana no puede vivir sin la droga y Martín no puede vivir sin Ana, a pesar de haber dejado la droga. El vive un amor adicto y una desintegración total con el medio y así ella se convierte, cada vez que aparece, en droga para él. Como si los dos fueran una parte necesaria el uno del otro, pero no en el sentido fecundo del complemento, sino en el sentido de aspectos internos no desarrollados, que los hacen moribundos e incapaces de vivir medianamente bien.

Si con la adicción se intenta evitar o no se puede tolerar la frustración de las pérdidas propias de la vida misma, aquí se ve claramente cómo esa actitud no hace más que provocarlas y aumentarlas aún más. Lo importante es saber cómo trascender y crecer con las experiencias de "pérdida", más que el intento desesperado de negarlas. Estamos en presencia de la fantasía de que no se depende de otros, que la felicidad puede ser "autoprovocada", que no se está a merced de alguien que tan pronto puede satisfacer como frustrar. Se fantasea con un objeto que se tiene a mano y que elimina -aparentemente- incertidumbre, y la experiencia vital pues es la nada misma. Es lo que conduce a la muerte, a la vida desconectada, fuera de todo proyecto verdaderamente humano.

La razón de ello es que tras la drogadicción existe, en el fondo, el sentimiento de omnipotencia, de negación de la dependencia objetiva de los otros, conteniendo elementos agresivos y destructivos muy importantes y que sólo aumentan el narcisismo⁽¹⁾ de nuestro tiempo. La fantasía de que yo solo puedo llenar mis necesidades y carencias puede ser fruto de grandes temores, dolores y desamparos, pero desde ello se origina la destructividad y aparecen todas las verdades del mito de "Narciso", que recordemos termina muriendo solo. La incertidumbre es lo propio del tiempo humano, allí se juegan la vida, los proyectos, la

realización, las obras y la fecundidad. La experiencia humana sólo puede crecer, en definitiva, en la posibilidad de *confianza* en el mundo del cual hago misteriosa parte y que me da cosas "buenas"... (Sentido final de la Providencia).

Pensamos que Jorge Díaz, al internarse por el mundo de la droga y del "amor-droga" vs. el mundo del encuentro y del "amor-crecimiento", se adentra en un tema central de nuestra sociedad actual. Se acerca a un mundo donde se ha perdido la creencia en los lazos afectivos, a pesar que Ana y Martín luchan por reencontrarlos, se ha perdido el sentido de pertenencia a un proyecto trascendente. Un mundo en el cual existe sensación de seres fragmentarios, donde se vive en el desamparo, sin raíces, y en el cual se ha olvidado, en definitiva, *el sentido de Dios*. Se cae así en la auto-referencia y el narcisismo como dramas de la condición humana, las que se reflejan -entre otras muchas manifestaciones- en la droga, en la adicción al objeto inanimado que hace las veces de una felicidad aparente y destructora, que las personas creen que las hace vivir pero que sin embargo las mata.

Se ha anulado, en esta situación tan común en nuestra sociedad moderna, la creencia y la experiencia de que el único camino real de felicidad, para llenar el vacío de la vida, es el otro en cuanto persona concreta y viviente, digna de ser amada, y desde donde se puede recibir y dar en forma permanente.

Agradecemos a Jorge Díaz la posibilidad de pensar con una fuerza artística de gran importancia en esta "grieta" de nuestra vida actual para avanzar en caminos de solución y de mayor conciencia, que lleven a nuestras generaciones jóvenes a creer más en los seres humanos y a buscar -dentro de sí mismos y en el fondo de sus experiencias subjetivas- las fuerzas para ir a su encuentro.

(1) El concepto de narcisismo que aquí se utiliza proviene de la teoría psicoanalítica y es entendido como el intento del sujeto de volver sobre sí mismo, no tolerando la vida que proviene de los otros y de la realidad. Es en todo caso, un concepto de alta complejidad teórica que requiere de mayor espacio para ser desarrollado pues hace parte de un modelo general acerca de las relaciones de objeto inconscientes.